Humanismo y Reforma en la corte renacentista de Isabel de Vilamarí: Escipión Capece y sus lectoras

Isabel Segarra Añón
Universidad de Barcelona

Resumen

Durante la primera mitad del siglo XVI y en la corte salernitana del último príncipe de la casa Sanseverino y de su esposa, Isabel de Vilamarí (noble señora de origen catalán) se desarrolló un intenso clima intelectual. Allí se congregaron artistas y humanistas italianos y españoles. En este ambiente de intercambio cultural, atento en participar en las ideas de la Reforma que se difundió en Nápoles gracias a B. Ochino y a Valdés, nace el poema *De principiis rerum* del último académico pontaniano: Escipión Capece. En esta obra no sólo se rastrean motivos lucrecianos y virgilianos sino también el influjo de los tratados cosmológicos de Pontano. En este estudio, la autora propone el análisis de la figura y de la obra de Capece a través de sus lectoras: Isabel de Vilamarí y las mujeres cultas de su corte.

Palabras clave: Humanismo, literatura humanística, Reforma, Reino de Nápoles, mujeres cultas.

Abstract

During the first half of sixteenth century and in the Salernitan court of the last prince Sanseverino and his wife Isabel de Vilamarí (a lady coming from a noble Catalan family) an intense intellectual climate developed. Italian and Spanish artists and humanists met there. In this environment of cultural exchange, that shared in the Reform ideas divulged in Naples by B. Ochino and Valdés, Scipione Capece (the last member of the Pontanian Academy) writes his poem *De principiis rerum*. In his book Capece uses Latin literature (Vergil and Lucretius mainly) and Pontano's treatises on cosmology. The author of this paper studies Scipione Capece through his female readership: Isabel de Vilamarí and the learned women from her court.

Key words: Humanism, humanist literature, Reform, the Kingdom of Naples, learned women.

La figura del último miembro de la academia pontaniana, Escipión Capece (Nápoles, 1480 aprox.-1551), difícilmente puede ser analizada en profundidad sin atender a la gran influencia vital y espiritual que en la obra de este humanista ejercieron ciertas presencias femeninas; presencias condicionadas

VISIT…

por las inquietudes ideológicas y religiosas del momento. En particular, es preciso estudiar la importancia de Isabel de Vilamarí —de noble familia catalana establecida en Nápoles— princesa de Salerno, conocida en Italia como Isabella Villamarina, Isabel Breseño (o Isabella Bresegna), también de origen hispánico, la valdesiana Giulia Gonzaga o la célebre poetisa Vittoria Colonna. Es precisamente a ésta última a quien Escipión Capece dedica un elegante poema compuesto en hexámetros latinos titulado *Inarime*, *ad illustrissimam Victoriam Columniam* (editado en 1532). El título *Inarime* recuerda el relato mitológico que explica el origen de la isla de Ischia y evoca, sin duda, el cenáculo intelectual que allí se desarrolló durante el siglo XVI, en cuyas filas se encontraban algunas escritoras e intelectuales como Vittoria Colonna.[1]

El poema *De principiis rerum* constituye un claro ejemplo de las complejas relaciones que se establecen en la primera mitad del siglo XVI entre filosofía, religión y literatura. Parece innegable el lazo que une el poema del último pontaniano con los aires reformistas que se difundieron en la corte de Ferrante Sanseverino y de su esposa Isabel de Vilamarí, príncipes de Salerno, y en general, en el ambiente cultural napolitano de la época. La estimulante relación intelectual de Capece con Isabel de Vilamarí marcó, sin lugar a dudas, la redacción de la obra. Es hasta cierto punto sorprendente que pocos estudios sobre la poesía humanística de Capece hayan fijado su atención en ello. La princesa de Salerno jugó un papel decisivo en la producción literaria de Capece. Fue promotora de la cultura en su corte salernitana e introdujo en ella aires ideológicos renovadores. Los principales estudiosos del Humanismo napolitano, entre los cuales despunta el prolífico y clásico

1. Para una primera y rápida aproximación a la biografía y a la obra de Vittoria COLONNA (1490-1547), véase la entrada: *Colonna*, *Vittoria* en *Dizionario biografico degli italiani*, por Giovanni PATRIZI. Una amplia recopilación de la bibliografía y de las ediciones de la poetisa se publicó en *Italia francescana*, XXII (1947), p. 1-2, dedicada al *Centenario della più grande poetessa d'Italia*. Sobre el pensamiento religioso de Vittoria Colonna, cabe destacar el estudio de Benedetto NICOLINI, «Sulla religiosità di Vittoria Colonna», *Studi e materiali di storia della religione*, XXII (1949), p. 110-115. Amplió su estudio y lo incluyó en *Vittoria Colonna between Reformation and Counter-Reformation*, Bolonia, 1962, p. 25-44. La *Inarime* de Escipión Capece dedicada a Vittoria Colonna fue editada y traducida al italiano por Antonio ALTAMURA en *Antologia poetica di umanisti meridionali*, Napoli: Società editrice napoletana, 1975, p. 344-359.
2. Sobre el humanismo del sur de Italia, recordemos sus obras: *L'Umanesimo nel mezzogiorno d'Italia, storia, bibliografia e testi inediti*, Firenze: Bibliopolis Libreria Antiquaria, 1941; *Antologia poetica di umanisti meridionali*, Napoli: Società editrice napoletana, 1975. Sobre Scipione Capece en particular, véase «Per la biografia di Scipione Capece», en *Studi in onore di Riccardo Filangieri*, Napoli: L'arte tipografica, 1959, vol. 2, p. 299-315. Extrae parte de sus informaciones de la obra de Giovanni MAZZUCHELLI, *Notizie storiche e critiche intorno alla vita e agli scritti di Scipione Capece Napolitano*, incluido en *A. S. Sannazarii Poemata*, Padova, 1751, vol. II, p. 65-78. Vida y obra de Capece pueden consultarse en la entrada correspondiente del *Dizionario biografico degli Italiani*, por Giovanni PARENTI. Otros estudios fundamentales sobre el tema son los de Pasquale Alberto DE LISIO, *Studi sull'Umanesimo meridionale*, Napoli, 1973; y el clásico de Everardo GOTHEIN, *Il Rinascimento nell'Italia meridionale*, Firenze: Sansoni, 1915.

Antonio Altamura,[2] citan rápidamente la dedicatoria a Isabel de Vilamarí del *De principiis rerum*, identifican al personaje, pero no le dedican mayor atención. No hablan de su carácter inspirador, de su completa formación cultural, de su acogida para con los humanistas, artistas, músicos italianos y españoles, en fin, de su mecenazgo. Al investigar en las principales bibliotecas napolitanas sobre la corte renacentista de los príncipes de Salerno y recopilar noticias concernientes a Isabel de Vilamarí, tuve la fortuna de rescatar de la Biblioteca Universitaria un trabajo monográfico sobre el personaje, escrito por la estudiosa Laura Cosentini y editado en 1896: *Una dama napoletana del XVI secolo*: *Isabella Villamarina*.[3] El libro fue prologado por Benedetto Croce y contiene un interesante apéndice de documentos, en el cual Cosentini edita una colección de cartas —hasta el momento inéditas— escritas por Isabel, que forman parte de la correspondencia del cardenal Jerónimo Seripando, conservada en la Biblioteca Nazionale de Nápoles. Escritas en italiano, se caracterizan por la búsqueda de la elegancia y la redondez del período. En ellas podemos percibir la huella del conocimiento de la gramática latina que tenía su autora. Las cartas no sólo son relevantes desde un punto de vista filológico por diversos aspectos, también constituyen una fresca e íntima aproximación al contexto social y político del «Nápoles hispánico». En la correspondencia con el cardenal, Isabel de Vilamarí se muestra angustiada por la rebelión y huida de su marido, Ferrante Sanseverino; comenta la manifiesta hostilidad del virrey de Carlos I, Don Pedro de Toledo, hacia su persona y su corte. En repetidas ocasiones Isabel teme verse considerada sospechosa de traición a ojos del rey. Tras la confiscación de parte de sus bienes, llega a implorar ayuda a Carlos I por mediación de terceros. Sus enemigos la instan a abandonar Nápoles e instalarse en Barcelona, donde reconoce que conserva parientes, aunque lejanos. Sin embargo no cesa de repetir al cardenal que apenas los conoce y que sería una desgracia presentarse en la patria de sus antepasados como una exiliada sin fortuna. Así, en una extensa carta escrita el 26 de agosto de 1553 desde el Castelnuovo de Nápoles, Isabel se expresa en estos términos:

> […] però che l'animo mio ne pensa ne sa piegarsi mai ad andarmi in Barcellona e rimover e scancellar in tutto da le lor menti questa falsa oppenion' prima et più se li formi in testa e prima che mi destinassero a questo essilio procuratomi da Antico senza mia saputa e fuori d'ogni mia spettativa. […] conciosiache a fatica miseramente mi sostengo qua dove ho fatto tutti gli anni di mia vita, come vorei sostentarmi in Barcellona dove sarei nova et se mi dicessero che vi ho parenti assai, ne ho ancor qua, ma insumma misero colui che non ha del propio, oltra che tanto maggior vergogna mi risultarebbe riducendomi alla patria dei miei antecessori fedelissimi sempre a Sua Maestà et a li lor Re, hora io ci annassi come poco confidente et quasi come rubella che di questo

3. Laura COSENTINI, *Una dama napoletana del XVI secolo: Isabella Villamarina*, Trani: Vecchi, 1896.

> potriano gli maligni calunniarmi senza che io habbia ne col pensiero colpato, ne mancato al debbito mio fedelisssima vassalla […].[4]

De sus palabras se deduce el temor por viajar casi como exiliada y de llegar a la tierra de sus antepasados como tal; el deshonor de verse reducida a una súbdita «poco confidente et quasi come rubella», es decir, una dama poco de fiar y casi una rebelde, cuando en realidad se define a sí misma como vasalla fidelísima («fedelissima vassalla»). Pero cuando finalmente logró recuperar el favor de Carlos V, a quien había agasajado en la corte durante su estancia en Nápoles y de quien había disfrutado alguna que otra galantería, decidió trasladarse a España para incorporarse con todos los honores a la corte de la Princesa de Portugal. En Barcelona, el 10 de agosto de 1555, Isabel escribe al cardenal para explicarle los pormenores del viaje y hacerle partícipe de la alegría que la embarga, ya que a su llegada a Barcelona todo fue «amorevolezza (que podemos traducir por «cariño») e cortesia»:

> Però saprà V. S. R.ma che al primo di questo mese io arrivai con prospera navigatione in Barzelona et sana senza aver sentito incommodo veruno nella mia persona, et son stata accarezzata et accolta da i Cavalieri e Signori di questa Città con tanta amorevolezza e cortesia che s'ella l'havesse visto, avrebbe preso contento non mediocre […].[5]

Durante el viaje de regreso a Nápoles, hacia el 1559, después de intentar defender sus intereses ante el emperador con menos éxito del que esperaba, Isabel de Vilamarí moría sin dejar descendencia. Por su parte, Ferrante Sanseverino, que había participado en la campaña de Flandes de Carlos V en 1544, se refugia en Francia después de convertirse al calvinismo, se declara enemigo del virrey español y muere en Aviñón en 1568.

I

Después de su repentina destitución del cargo de consejero del «Sacro Regio Consiglio» de Nápoles por mandato del virrey Pedro de Toledo, Escipión Capece se refugia en la corte de Isabel de Vilamarí. Su caída en desgracia coincide con los últimos días de la Academia pontaniana que, desde la muerte de Jacopo Sannazaro, había trasladado su sede a la casa de Capece. Durante las largas ausencias de Ferrante Sanseverino, enemistado, como ya hemos señalado, con el virrey y con el mismo Carlos I, Isabel mantenía viva la corte y, junto a Capece, organizaba la administración de sus posesiones y velaba por los intereses políticos y sociales del príncipe. Al mismo tiempo, el humanista cumplía la función de poeta amparado por la corte. La estancia al lado de la princesa seña-

4. La carta es reproducida en el apéndice de documentos del ya citado libro de Laura COSENTINI, op. cit., carta III, p. 144.
5. Laura COSENTINI, op. cit., carta IX, p. 157.

la la época más fructífera de su carrera literaria. Durante ese tiempo consigue editar un pequeño tratado de derecho comparado, *Magistratuum Regni Neapolis qualiter cum antiquis Romanorum conveniant compendiolum*, publicado en Nápoles en 1540 por Giovanni Sultzbach y reeditado en Salerno en 1544. La relación de Capece con los estudios de derecho era una de las herencias familiares. Su padre, Antonio, había sido un jurista destacado. Instruyó a su hijo en la materia y le animó a ocupar la plaza de lector de *Instituta* en el *Studio* de Nápoles[6] entre 1518 y 1519.

El interés de Capece por la filosofía y la cosmología se plasmó en la edición veneciana de 1546 del poema didáctico que centra nuestro estudio, el *De principiis rerum*. El editor de la obra, Paulus Manutius, incluyó en nombre de Capece una elegante epístola dedicada a Isabel de Vilamarí. La carta contiene fragmentos interesantes donde se destacan algunas características de la personalidad de la princesa y ciertos aspectos de su formación, que pueden explicar mejor las relaciones culturales de su círculo y la posibilidad que dio a Capece de terminar, desde el exilio de los ambientes doctos napolitanos, la obra por la que pasó a ser celebrado como poeta y humanista, versado en argumentos científicos y filosóficos antimaterialistas.

El encabezamiento de la carta escrita por Paolo Manuzio, hijo de Aldo, dedicada a la «Ilustrísima esposa del Príncipe de Salerno, Isabel de Vilamarí», es el siguiente:

Iudicium Pauli Manutii Aldi filius de hoc poemate Capyciano, ex illius epistola quadam ad Illustrissimam Salernitani Principis coniugem Isabellam Villamarinam.

A continuación reproducimos uno de los fragmentos más significativos:

> Tua haec est Isabella praestantissima, tua, inquam, haec maxime laus est. Cum enim tibi aut ad opes, aut ad dignitatem nihil fere possit accedere; quarum rerum cupiditate adducti magnarum artium in studiis plerique vigilarunt; ipsa nihil huiusmodi spectans, virtutis amore capta, cuius pulchritudinem animo cerneres, effecisti, studio tu quidem, sed ingenio magis, ut cum esses omnium nobilissima, omniumque pulcherrima, quorum alterum maiorum tuorum, maximeque Viri tui, Principis omni laude cumulati, magnis rebus testata virtus, alterum tibi indulgentissima Natura dedit, eadem *et sis et habearis omnium doctissima*. Hinc illa ad te colendam singularis omnium propensio: hinc multorum poetarum, quibus gravissima Regum bella magni operis argumentum suppeditare poterant, ad te canenda traducta ingenia: hinc Capicius ille tuus

6. Sobre los estudios superiores en Nápoles durante el siglo XVI, véase la obra de Carlo DE FREDE, «I lettori di umanità nello studio di Napoli durante il Rinascimento», en *Studi e documenti per la storia della Università degli studi di Napoli*, Napoli: L'arte tipografica, 1960. En cuanto al acervo cultural transmitido por la monarquía catalanoaragonesa establecida en Nápoles, remito al estudio de Giovanni MAZZATINTI, *La biblioteca dei re d'Aragona*, Rocca S. Casciano, 1897. También Cesare VASOLI, «Aspetti dei rapporti culturali tra Italia e Spagna nell'età del Rinascimento», en *Annuario dell'Istituto Storico Italiano per l'età moderna e contemporanea*, Roma, 1979, p. 459-481.

> tuarum laudum laudatissimus praeco qui te admiratur unam, qui observat, qui cum de te multa et vera praedicavit, nihil umquam ut ardentius optarim, quam ex tuis unum esse quod quo facilius impetrarem, feci, ipso permittente atque libente Capicio, ut eius libros, de Principiis rerum duos, de Vate Maximo tres, meae in te summae observantiae testes emitterem.[7]

Paolo Manuzio nos ofrece un documento en que, si dejamos en segundo término los elementos retóricos al uso en este tipo de presentaciones y dedicatorias, aparecen algunos de los rasgos que confieren a Isabel de Vilamarí el carácter de una auténtica mecenas del Renacimiento italiano, aunque bastante menos conocida y celebrada, por ejemplo, que Isabella d'Este.

En el fragmento de la carta que hemos reproducido el editor veneciano insiste en la disposición natural de Isabel al practicar la virtud gracias a su talento y a la cultura que ha adquirido. La naturaleza, según Manuzio, ha concedido a la princesa de Salerno ser la más docta de su círculo y obtener fama y consideración por sus propios méritos. Exagerando un poco, añade a modo de alabanza que muchos poetas de su corte han preferido cantarla antes que ponerse al servicio de otros reyes y príncipes con el objeto de loar sus gestas militares. Entre dichos intelectuales, Manuzio cita a Escipión Capece, máximo admirador y cantor de Isabel. Impresionado por la devoción mostrada por Capece a la princesa, el editor publica la obra del humanista —el *De principiis rerum* y el *De Vate Maximo*— y la dedica en su nombre a Isabel de Vilamarí.

En su corte poetas, poetisas, humanistas, le dedican sus obras y, a un tiempo, incitan en la misma un paulatino proceso de introducción de las inquietudes reformistas. La espléndida formación cultural de Ferrante Sanseverino, su interés por la literatura, la música y el teatro, parece que contribuyeron a dejar en

7. «Te corresponde a ti, distinguidísima Isabel, a ti —digo— este elogio, puesto que a ti casi nada puede hacerte sombra en cuestión de riqueza y de nobleza. Muchos velaron por deseo de ambas cosas, llevados al estudio de las artes magnas. Tú, que no esperas nada a cambio, seducida sólo por amor a la virtud, cuya belleza has percibido en el ánimo, has conseguido con afán, pero más aún con ingenio, ser la más noble de todos, la más bella de todas. De estas dos condiciones, nobleza y belleza, la primera te la dio la virtud probada por las grandes hazañas de tus antepasados y, sobre todo, por las de tu esposo, príncipe coronado de elogios. La belleza te la dio la naturaleza, indulgentísima contigo. Has conseguido ser la más culta y ser considerada como tal. De ahí que todo el mundo quiera loarte. De ahí que muchos poetas, a quienes las más arduas gestas guerreras de los reyes podían proporcionar argumento de grandes obras, han preferido aplicar su ingenio en cantarte. De ahí que tu célebre y elogiadísimo Capece sea quien pregone a los cuatro vientos elogios de tu persona. Él sólo te admira a ti, es tu servidor. De ti mucho ha explicado, y todo cierto. Nunca he deseado con tanto fervor convertirme en uno de los tuyos. Y, para lograrlo con mayor facilidad, con el permiso y el agrado del propio Capece, te remito sus dos libros *De principiis rerum* y sus tres libros *De Vate Maximo* como testigos de mi más absoluta observancia hacia ti.»
Al final de la carta se lee *A. M. D. XLVI quem praefert in fronte Editio Manutiana*. La carta de Paolo Manuzio aparece reproducida en la *editio princeps* de 1546, en las reediciones sucesivas y en la edición napolitana de 1594. Para su transcripción he consultado la última edición citada en el ejemplar conservado en la Biblioteca Nazionale de Nápoles.

segundo plano las aptitudes de su esposa, pero, tal como constata Laura Cosentini en su libro dedicado a Isabel de Vilamarí, esta noble dama conocía bien las lenguas clásicas, era buena lectora, estudiaba música y canto. Presumía, además, de tener un espíritu agudo y refinado, cualidades que la convertían, según la estudiosa italiana, en una mujer «graziosamente colta»,[8] capaz de brillar por su ingenio en veladas literarias y filosóficas. Un humanista contemporáneo, Ortensio Lando, refiere con admiración que la escuchó recitar versos latinos y declamar prosa en casa de otra dama de origen catalán, María de Cardona.[9] Una particularidad de Isabel parece fascinar a los humanistas que la rodean. En ella todo es gracia y dulzura, no perciben el «animo virile» de otras mujeres cultas y humanistas de la época, que a menudo solían recibir el calificativo de *virago* por parte de los intelectuales que las loaban o las reprendían.[10] Isabel de Vilamarí no sólo recibe repetidos elogios de los intelectuales con los que se relaciona. También fue cantada por poetisas contemporáneas. Maria Edvidge Pittarella, que formaba parte de la «Accademia degli Incogniti» con el pseudónimo literario de Pandora Milonia, le dedica poemas. De esta escritora sabemos que declamó para Carlos I en la corte de los príncipes de Salerno, si bien no nos ha llegado nada de su obra.[11] Más fortuna tuvo la poetisa napolitana Laura Terracina, conocida en la misma Academia con el apodo de Febea. En su obra *Quinte rime della signora Laura Terracina* editada en Venecia en 1552 dedica un soneto a su íntima amiga Isabel de Vilamarí. Utiliza como argumento poético el apellido «Villamarina» y canta a la princesa creando un bonito juego de metáforas marineras con el fin de evocar el carácter tranquilo y sereno de Isabel. He aquí el soneto de Laura Terracina:[12]

8. Testimonio recogido por Laura COSENTINI en la p. 19 de su estudio monográfico sobre Isabel de Vilamarí.
9. *Ibidem*, p. 19-20.
10. Con el término latino *virago* estos intelectuales designaban a las humanistas coetáneas, comparándolas a menudo a las amazonas antiguas como Camila y Harpálice por su coraje casto y guerrero al adoptar un oficio, el de escritor, tradicionalmente reservado a los hombres. Sobre este tipo de símiles dedicados a las mujeres cultas remito al ejemplo de la humanista veneciana Cassandra FEDELE (1465-1558) y al elogio que le dedicó Angelo Poliziano. Sobre esta «culta *virago*», consúltese entre otros Margareth L. KING y Albert. Jr. RABIL, *Her Immaculated Hand. Selected Works by and about the Women Humanists of Quattrocento Italy*, New York: Binghamton, 1983; para un estudio monográfico reciente sobre la vida y la obra de C. Fedele, véase Isabel SEGARRA AÑÓN, «Cassandra Fedele: memoria de presente y de pasado», en Fina BIRULÉS (comp.), *El género de la memoria*, Pamplona: Pamiela, 1995, p. 37-60.
11. Laura COSENTINI en la p. 79 de su preciado libro incide en la importancia de esta academia literaria y recoge las pocas noticias que nos han llegado sobre Pandora Milonia.
12. Soneto incluido en las *Quinte rime della signora Laura Terracina detta Febea ne l'Accademia degli Incogniti*, Venezia, editado por Andrea Valvasoria detto Guadagnino, 1552. Sobre esta poetisa del Renacimiento, véase el capítulo que Benedetto CROCE le dedica en su libro *Storie e leggende napoletane*, al cuidado de Giuseppe GALASSO, Milano: Adelphi edizioni, 1990, p. 270-283 (primera edición, 1919).

L'alto mar di virtù qual bramo e voglio
Che nel mondo d'Alerno sì lieta e bella
Ognor m'imprime al cor l'alma Isabella
Cagion farmi cantar più che non soglio.

A tal Villamarina ed a tal scoglio
U Eolo nulla val con sua procella
Hor in quest'una parte et hor in quella
L'ignuda barca mia lego e discioglio.

E temendo d'assai che a caso un giorno
Dagl'invidi e superbi mi sia tolto
Mi struggo, mi consumo, mi sconforto.

Così pensosa rimirando intorno
Odo ch'un dice: Non temer più stolta,
Quest'è la via del tuo tranquillo porto.

Como observamos, Laura Terracina esboza en su soneto una rápida caracterización de Isabel: dama bella, alegre, tranquila. La poetisa juega con la imagen de la princesa como el puerto —la Villa marina— en el que resulta seguro y agradable amarrar la nave. Se convierte, así, en la antítesis del fiero acantilado, símbolo de la envidia, de la soberbia humanas. Sin duda, Terracina alude claramente al mecenazgo de la princesa.

II

Escipión Capece es parte activa pero al mismo tiempo espectador y partícipe de la entrada de las mujeres en el mundo cultural del Reino de Nápoles. El público real de su poema filosófico es principalmente un público femenino, capaz de reflexionar, de dialogar, de leer una obra que refuta el materialismo lucreciano y epicúreo, un grupo de oyentes y de lectoras que se autoincluye en la cuestionada religiosidad de su época. Todas ellas, comprometidas en mayor o menor medida en el proyecto de la Reforma, sienten la necesidad de replantear su visión de la fe, decididamente en crisis. Se encuentran ante un nuevo contexto ideológico que les permite opinar, ser protagonistas directas o indirectas, según su grado de implicación. Pueden crear un espacio interior propio y participar en círculos que tradicionalmente les estaban vedados. En el seno de los grupos reformados incipientes la acogida de mujeres cultas significó en un primer momento una plataforma de propaganda y de difusión eficaces. Más tarde llegaron disuasiones, manipulaciones e incluso persecuciones. Sólo las mujeres con cierta formación e independencia de criterio lograron realmente mantenerse fieles a las ideas de la Reforma —y aceptar las consecuencias de su elección— o renunciar a ella. En el contexto del Reino de Nápoles —y como ejemplo clarísimo o paradigma de lo expuesto hasta aquí— debemos analizar la importancia de una de las primeras mujeres partícipes de la Refor-

ma, como Isabel de Vilamarí. Se trata de una dama que le es coetánea, también de origen español, a la que ya hemos aludido al comienzo de estas páginas: Isabel Breseño.[13]

Isabel Breseño (conocida en Italia como Isabella Bresegna), hija del noble español Cristóbal Breseño, nacida en España hacia el 1510 y educada en Nápoles, contrajo matrimonio en 1527 con el noble García Manrique, de familia más noble y más rica que los Breseño. Bella y cortés, empieza a distinguirse por su conversación en los círculos intelectuales napolitanos y traba amistad con otra dama que pronto abrazaría las ideas de la Reforma: Giulia Gonzaga. La presencia de Isabella Bresegna en el grupo napolitano abarca el período comprendido entre 1536 y 1548. Curiosamente la redacción del poema *De principiis rerum* de Escipión Capece se sitúa en esta misma época, pues en 1546 veía la luz la *editio princeps* de la obra.

Isabella Bresegna se introduce en las reuniones donde se escuchaban los discursos y la predicación de Bernardino Ochino y Juan Valdés. En dichas reuniones proliferaban muchas nobles entusiasmadas por un nuevo y encendido fervor religioso, como algunas de las damas de la corte de Isabel de Vilamarí: María de Aragón, Leonor de Castro y Giulia Orsini.[14] En 1548 Isabella Bresegna marcha al norte de Italia donde contacta con la calvinista ferraresa Renata d'Este, se convierte definitivamente al calvinismo y, huyendo de una acusación de carácter político poco clara y de la Inquisición, pasa a Tübingen. Allí es invitada de Vergerio, con quien había mantenido correspondencia, y más tarde se queda en Zuric. Poco a poco va cayendo en desgracia. Un dato relevante del progresivo olvido y soledad de Isabel, respecto al interés y al apoyo que le habían mostrado intelectuales coetáneos, se produce cuando el humanista Celio Secondo Curione retira la dedicatoria a Isabella Bresegna de la segunda edición de las obras de la poetisa Olimpia Morato y la sustituye por otra dirigida a Isabel I de Inglaterra.[15] Desde entonces, dolida y enferma hasta la fecha de su muerte, el 8 de febrero de 1577, no dejó de luchar por sus creencias, resistiendo a continuas presiones familiares y a las persecuciones. Documentos de la época demuestran que la Inquisición quería procesarla por hereje. Desgraciadamente, de la intensa actividad epistolar que Isabella mantuvo con el humanista

13. Laura Cosentini cita a Isabel Breseño como una de las damas integrantes del círculo más allegado a Isabel de Vilamarí. Sobre esta reformada, véase el artículo monográfico de Benedetto NICOLINI, *Una calvinista napoletana. Isabella Bresegna*, Napoli, 1953, p. 1-27; y también el de Alberto CASADEI, «Donne della Riforma: Isabella Bresegna», *Religio*, XII (1937), p. 6-63.
14. Como se observa en sus nombres, algunas de ellas eran, como la princesa, de origen hispánico. Alternaban su estancia en la corte de Salerno con el cenáculo literario y filosófico desarrollado en Ischia. Fueron un público atento a la predicación de Valdés y de Bernardino Ochino. Para un análisis sobre la nobleza napolitana de la época, remito a Giovanni CONIGLIO, «Note sulla società napoletana ai tempi di Don Pietro di Toledo», en *Studi in onore di Riccardo Filangieri*, Napoli: L'arte tipografica, 1959, vol. 2, p. 345-365; *Il Regno di Napoli al tempo di Carlo V*, Napoli, 1951.
15. La primera edición de la obra poética de Olimpia Morato aparece editada en Basilea por P. Perna en 1558. Está dedicada a Isabella Bresegna. Sin embargo, ediciones posteriores como las de 1562, 1570 y 1580 están dedicadas a la reina Isabel de Inglaterra.

Vergerio no tenemos noticia de la conservación de carta alguna. Aunque no nos hayan llegado epístolas de su puño y letra, la literatura de la época no escatima detalles a la hora de señalarla como una de las mujeres intelectualmente más influyentes del Nápoles del siglo XVI, culta, llena de coraje, dotada de un espíritu libre e independiente, consecuente con sus ideas hasta el fin. Su nombre aparece citado en la obra de Giacomo Beldando *Specchio delle bellissime donne napoletane*, editada en Nápoles por Giovanni Sultzbach en el año 1536. De ella se dice que era «cortesissima, d'animo invitto e giudizio intero».[16] Asímismo Bernardino Ochino, el gran divulgador de la Reforma en el Reino de Nápoles junto a Valdés, le dedicó su obra *Disputa intorno al sacramento della Cena*.

Pero sin duda, la mujer que despuntó más en los ambientes reformistas del sur de Italia fue Giulia Gonzaga.[17] Fiel amiga y protectora de Isabel Breseño tanto en Nápoles y Salerno como en su exilio de Suiza, abrazó las doctrinas valdesianas y más tarde pasó al calvinismo. La perseverancia en su nueva fe impidió que se inclinara hacia otras corrientes reformistas. Tampoco retrocedió para reconciliarse con la Iglesia de Roma. Además, su origen aristocrático y su holgada posición le permitió socorrer económicamente a otras reformistas perseguidas, entre ellas, a la ya citada Isabella Bresegna. Alfonso de Valdés le dedicó su *Alfabeto cristiano* y fue la propia Giulia quien, a través de humanistas como Magno, Curione y Vergerio difundió los escritos de Valdés en traducciones manuscritas clandestinas. Se convertía así en su heredera espiritual.

Giulia Gonzaga coincidió con Isabel de Vilamarí en 1535 en Nápoles, cuando toda la ciudad celebró la entrada triunfal del emperador Carlos I y los fastos que le sucedieron. Muy probablemente conoció también al abad Marco Antonio Villamarina o Vilamarí, pariente de la princesa de Salerno, que se había convertido al valdesianismo.[18] A partir de 1542, año en que se instituyó el Santo Oficio en Roma, la difusión de la Reforma en el Reino de Nápoles empezó a entrañar peligro. En 1553 sabemos que el nombre de Giulia Gonzaga consta-

16. Los versos laudatorios de Beldando dicen:

> Ecco la cortesissima Brisegna
> *D'animo invitto e giudizio intero*,
> Ecco con lei, sotto reale insegna,
> Mille altre donne pur d'habito nero,
> Di cui la peregrina fama sdegna
> Lingua mortal…

Otros coetáneos elogiadores de Isabel Breseño fueron Alfredo Parente y Luigi Tansillo. Más testimonios de escritores que loan las principales damas de la época se encuentran en la obra de Giovanni CECI y Benedetto CROCE, *Lodi di dame napoletane*, Napoli, 1894.

17. Sobre mujer y Reforma en Italia, véase M. INGUANTI, *Le donne della Riforma in Italia*, Roma, 1968. Sobre Giulia GONZAGA en particular, he tenido en cuenta el estudio de B. NICOLINI, «Giulia Gonzaga e la crisi del valdesianesimo», en *Atti dell'Accademia Pontaniana*, 1955, p. 187-208.

18. Sobre la difusión de las doctrinas reformistas entre religiosos y seglares en el Reino de Nápoles, remito a E. BRIZIO, «Bernardino Ochino e la vita religiosa del Cinquecento», en *Archivio storico italiano*, CXLVI (1988), p. 665-667; P. LOPEZ, *Il movimento valdesiano a Napoli*, Napoli, 1976.

ba en las listas de personas buscadas por los inquisidores romanos. Murió en 1556 sin lograr ser apresada. De Giulia Gonzaga conservamos algunas cartas en las que confiesa sus cuitas y sus temores a ser perseguida por la Inquisición, su angustia por tener que abandonar a los suyos y su ciudad. Estas cartas fueron descubiertas y publicadas por B. Amante en 1896 dentro de su estudio titulado *Giulia Gonzaga, contessa di Fondi e il movimento religioso femminile nel XVI secolo*.[19] En 1955 el estudioso Benedetto Nicolini hacía una nueva aportación sobre Giulia Gonzaga.[20] Su artículo adolece de cierto tono misógino, detectado ya en la primera página. Al referirse a la perseverancia en el valdesianismo como trayectoria existencial en la pensadora italiana, Nicolini exclama: «Come spiegare tanta costanza, rara già in un uomo, più rara ancora in una donna?».[21]

Junto a este tipo de comentarios, se observa que el estudioso dedica mucho más espacio y esfuerzos a analizar a los valdesianos. Menciona la existencia de las cartas de Giulia pero no reproduce ningún fragmento significativo de las mismas. Comenta con acierto la evolución de los discípulos de Valdés frente a la política de los distintos pontífices del siglo XVI, aunque se echa en falta una mayor profundidad y nuevos datos sobre la participación de las mujeres instruidas en los círculos reformados. Estudios posteriores, por fortuna, han roto tópicos y han dado una visión amplia y más imparcial del fenómeno.[22]

En Nápoles, las pensadoras valdesianas más destacadas como la misma Giulia Gonzaga, la poetisa Vittoria Colonna y Catalina Cybo, desarrollan un misticismo de carácter intelectual, basado en la relectura innovadora de la Biblia evangélica. Giulia Gonzaga fundamentaba sus creencias en la exégesis del evangelio de San Mateo. Vittoria Colonna, en cambio, se ceñía al de San Juan. Este tipo de lectura y de nueva interpretación se estaba difundiendo en los más importantes cenáculos europeos, como bien apunta el profesor R. de Maio al referirse al círculo de Margarita de Navarra.[23] El replanteamiento de la fe y de la religión en el cenáculo de Giulia Gonzaga y, por tanto, en los ambientes cultos de Nápoles y Salerno, pasaba por la crítica del boato eclesiástico y de la propia organización de la Iglesia. En este mismo orden de cosas, se incidía en el retorno al cristianismo primero, más puro. A esta línea de pensamiento se le añadía el poder cuestionarse determinadas prácticas políticas de la época, tanto referidas al gobierno religioso como al gobierno y al poder del príncipe. En su contexto, naturalmente, los valdesianos y las valdesianas desaprobaban

19. Se trata de cuatro cartas. Tres fueron publicadas por B. Amante, como indico. La cuarta la publicó PALADINO en *Opuscoli e lettere di riformatori italiani del Cinquecento*, I, Bari, 1913, p. 79. En las cuatro predomina la preocupación de la autora por la persecución del Santo Oficio.
20. Véase B. NICOLINI, op. cit.., n. 17.
21. Véase B. NICOLINI, op. cit.., n. 17, p. 187.
22. Como la abundante bibliografía del profesor Romeo de Maio. Las obras analizadas son: *Riforma e miti nella Chiesa del Cinquecento*, Napoli, 1973 y *Donna e Rinascimento*, Milano: Mondadori, 1987 (trad. esp., *Mujer y Renacimiento*, Madrid: Mondadori, 1988). De este libro, véase en especial el capítulo titulado «La Inquisición y la mujer», p. 281-320.
23. R. DE MAIO, op. cit., p. 290.

aspectos del gobierno del emperador. De aquí que estos círculos, inicialmente literarios y religiosos, pasaran a ser vistos con muy malos ojos por la Inquisición y por los virreyes. En el caso de la época que nos ocupa, recordemos las dificultades de Isabel de Vilamarí ante la no tan velada hostilidad del virrey Don Pedro de Toledo.

La redacción del poema *De principiis rerum* no sólo responde a una nueva lectura e interpretación de los textos bíblicos, sino que debemos relacionar esta obra didáctica y filosófica con la atracción que ejerció la literatura de carácter cosmológico en el humanismo napolitano. Baste recordar los tratados de Giovanni Pontano *Urania*, *Meteorum liber* y *De rebus coelestibus*, que dieron comienzo a una tradición de poesía científica muy notable. La articulación técnica y léxica del *De principiis rerum* está basada en el modelo lucreciano y el embellecimiento del texto lo proporciona el recurso a imágenes de gusto virgiliano. Si la estructura externa, formal por así decirlo, se debe a la herencia del gran poema de Lucrecio, el contenido de la obra de Escipión Capece no puede ser más opuesto. Capece rechaza las tesis materialistas. Se aproxima en cierto modo al pensamiento de los presocráticos, prefiriendo centrar su sistema en el *aer* como arché. En este sentido, Capece cuestiona la centralidad del fuego como elemento primordial, es más bien una modalidad del *aer* que todo lo mueve.[24] La importancia concedida al aire, evocador del Universo y, en cierto modo, del Cielo cristiano, se corresponde con la espiritualidad que recorre el contexto social y religioso que vive el autor. Su poema viene a corroborar el misticismo de los primeros ecos de la Reforma en Nápoles. La lectura del *De principiis rerum* posiblemente era acompañada, en la corte de Salerno, de los comentarios y las exégesis más variadas, tendentes todos ellos a conectar el texto con la fe renovada del público, de las oyentes reformadas.

Algunos estudiosos, como Franco Bacchelli,[25] han visto una particular conexión del poema con las doctrinas difundidas por los círculos anabaptistas que frecuentó Capece años antes de la redacción del *De principiis rerum* y la influencia ejercida por humanistas contemporáneos como Basilio Sabazio. Sabazio era gramático,[26] humanista, filósofo y estudioso de los cometas. Los puntos de vista de Sabazio sobre las órbitas de los cuerpos celestes, las formas y evolución de las mismas se rastrean, como comprueba Bacchelli, de manera bastante clara en el poema de Escipión Capece.

24. La importancia concedida al aire como elemento primordial animador del Universo no sólo se rastrea en algunos de los testimonios de los presocráticos. En algunos autores medievales reaparece este pensamiento. Un ejemplo paradigmático lo constituye el sistema cosmológico trazado por Hildegarda de Bingen (1098-1179) en su trilogía visionaria, especialmente en su *Liber divinorum operum*. En el *Libro de las obras divinas* los vientos ordenados por el Creador son el origen del movimiento, de los cambios del Universo, al mismo tiempo que exactos delimitadores de las distintas zonas en que éste se halla dividido.
25. Véase Franco BACCHELLI, «Sulla cosmologia di Basilio Sabazio e Scipione Capece», *Rinascimento*, XXX (1990), p. 107-152.
26. SABAZIO es autor de un *Compendium grammaticae*, editado en Roma el año 1540 apud Valerium Doricum.

Aunque estemos frente a una notable muestra de poesía cosmológica, que cabe incluir en las inquietudes que desembocarán en la revolución científica, el *De principiis rerum* es una obra que rebosa espiritualidad. Podemos leerla como un intento erudito de dotar al público reformado de una lectura complementaria. Una lectura, en efecto, cargada de símbolos relacionados con la fe renovada. La descripción del Universo propuesta por Capece pretende aunar ciencia y religión. Por este motivo, no es de extrañar que la obra también fuera bien acogida por la Iglesia, prologada y traducida al italiano por miembros pertenecientes a ella. Asímismo el poema de Capece mereció también los elogios de ilustres hombres de letras contemporáneos como el cardenal Pietro Bembo.

Desde un punto de vista filológico, es curioso comprobar que del poema científico del último pontaniano conservamos las ediciones latinas *cinquecentine* y una traducción al italiano anotada por el abate F.M. Ricci, publicada en Venecia en 1754. Para algunos estudiosos de Capece, es esta la edición que han seguido en sus análisis del *De principiis rerum*.[27] Por el momento no tenemos noticia de que se haya publicado edición crítica actual y nuevos comentarios exhaustivos de la obra, sin duda necesarios tanto para el establecimiento del texto latino como para su interpretación literaria y filosófica.

Nuestra aproximación al poema de Capece ha dado prioridad al contexto social y cultural en que fue escrito. Por un lado, al acercarnos al autor y a su tiempo, comprobamos que disponemos de buenos estudios sobre los círculos reformados napolitanos durante el reinado de Carlos I. Por otro lado, conocemos la bibliografía especializada en la vida y la obra de Capece. Pero queremos incidir en una cuestión que juzgamos importante para valorar el poema en su contexto: se ha hablado poco del *De principiis rerum* como libro de lectura o manual complementario de las mujeres cultas y «reformadas», de las poetisas y humanistas que frecuentaron la corte salernitana de Isabel de Vilamarí. En estas páginas hemos querido analizar a las más influyentes en cuanto receptoras de los primeros ecos de la Reforma en Nápoles. Partiendo de la investigación sobre cada una de ellas, hemos intentado, pues, «recuperar» su aportación intelectual como público activo, un público que dota de nuevas dimensiones la obra de Capece con su participación. Se trata de lectoras ilustradas que dejan de ser casi exclusivamente destinatarias de literatura basada en la dicotomía amor y virtud (ya en forma de poesía lírica, ya a través de los diálogos renacentistas sobre el amor) para convertirse en opinantes y pensadoras. El *De principiis rerum* se convierte así en un poema filosófico que en pleno Renacimiento consigue traspasar los límites del género.

27. Como F. BACCHELLI, que en su artículo citado reproduce fragmentos del *De principiis rerum* siguiendo de cerca la traducción al italiano y las anotaciones de la edición dieciochesca del abate F. M. RICCI, *Il Poema De principiis rerum di Scipione Capece patrizio napoletano colla traduzione in verso italiano sciolto e le annotazioni di F.M. Ricci, Romano Abate Benedettino Casinese…*, Venezia: 1754. Bacchelli no da noticia alguna de la existencia de edición crítica del texto de Capece.